El libro de Apocalipsis – Capítulo 4

La visión del trono celestial y su adoración eterna

Después de esto, se ve una puerta abierta en el cielo y se oye una voz como de trompeta que dice “sube acá”. En ese instante, se está en el espíritu y se ve un trono establecido en el cielo, con uno sentado en él, cuyo aspecto es semejante a piedra de jaspe y de cornalina. Esta escena inicial marca el comienzo de una revelación divina, donde el cielo se presenta como un lugar de majestad y presencia divina. La puerta abierta simboliza la invitación a contemplar lo celestial, y la voz como de trompeta indica la autoridad y el llamado del mismo Dios.

El arco iris, los ancianos y el poder del trono

Alrededor del trono hay un arco iris semejante en aspecto a la esmeralda, y también hay veinticuatro tronos con 24 ancianos sentados en ellos. Estos ancianos están vestidos de ropas blancas y con coronas de oro en sus cabezas. Del trono salen relámpagos y truenos y voces, lo que revela un entorno de poder, misterio y reverencia. El arco iris de esmeralda representa la gloria y la promesa divina, mientras que los ancianos simbolizan autoridad, santidad y el gobierno celestial que rodea al trono.

Las siete lámparas, el mar de vidrio y los seres vivientes

Delante del trono ardían siete lámparas de fuego que son los siete espíritus de Dios, y había como un mar de vidrio semejante al cristal. Junto al trono y alrededor del trono había cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás. Esta escena muestra la presencia activa del Espíritu Santo y la pureza del entorno celestial, donde el mar de vidrio representa la calma, la claridad y la perfección del cielo. Los seres vivientes, con su gran cantidad de ojos, simbolizan la vigilancia y la percepción divina en todo momento.

La adoración incesante de los seres vivientes

Los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas y estaban llenos de ojos por dentro y por fuera. No cesaban día y noche de decir: “santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir”. Esta adoración continua demuestra la santidad absoluta de Dios y la reverencia eterna que existe en su presencia. La repetición de la palabra “santo” enfatiza la pureza perfecta y la separación total del pecado, mostrando que en el cielo la adoración no tiene pausa ni descanso.

Los ancianos se postran y reconocen la creación

Los 24 ancianos se postran delante del que está sentado en el trono y adoran al que vive por los siglos de los siglos. Echan sus coronas delante del trono diciendo: “Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder porque tú creaste todas las cosas y por tu voluntad existen y fueron creadas”. Este acto de arrojar sus coronas simboliza la entrega total de

autoridad y reconocimiento de que todo proviene de Dios. La adoración se convierte en un acto de humildad, donde incluso los seres celestiales reconocen la soberanía absoluta del Creador.

La sincronía de la adoración celestial

Los cuatro seres vivientes dan gloria, honra y acción de gracias al que está sentado en el trono. Cada vez que lo hacen, los 24 ancianos se postran y adoran al que vive por los siglos de los siglos. Esta sincronía revela un orden divino en el cielo, donde la adoración se multiplica y se responde en armonía. El cielo se convierte en un lugar de alabanza constante, donde la gloria de Dios es el centro y la razón de toda existencia.